

Mónica Luján

Pablita

I



L muchacho subió las escaleras. ¡Cómo crujían los endiablados peldaños! La dueña lo sentiría y saldría hasta el corredor, poniéndose en jarras y subiéndose hasta la frente los anteojos, lo interpelaría como siempre:

—¿Y? ¡Qué me dice el poeta! ¿No ha vendido versos? No se los pagaron? Pues, entonces ¡váyase! Mi casa no es asilo de desamparados.

Y así era; era él un desamparado de la tierra. Por salir a buscar caminos cuando su padre se casara de nuevo, todos se olvidaron de que él existía, los tíos, las tías, hasta su padrino; aquel sargento en retiro que hablaba como mandando todavía un pelotón de soldados por debajo de sus enmarañados bigotes. Todos. También aquella muchacha que fuera a pasar unas vacaciones a su pueblo y que se dejó besar por él. ¡Ah, aquellos besos! ¿Qué tienen los primeros besos que saben a cosa infinita? ¿Por qué después la boca se acostumbra y se acostumbra el alma, y ya no saben a nada más que a un roce de carne y carne predece-

sor del goce que da sucesión a los hombres? ¿También se tornó insulsa la boca de aquella primera muchacha?

Se había detenido en el último peldaño en espera de lo que ya estaba acostumbrado. Pero, fué en vano. La dueña no salió a decirle «Poeta» como si fuera un insulto, como lo último que para ella podía ser un hombre; poeta.

Abrió en silencio la puerta del cuarto y penetró en él. Sobre el velador, Florinda, la hermana solterona de la dueña había dejado un pedazo de carne y un pan. No tenía hambre. Se dejó caer sobre el lecho. Había caminado todo el día para olvidar esta vida de perros que llevaba desde hacía tres años. Cuando se vino de su pueblo, alguien le había dado una carta-recomendación para el secretario de un Ministro; no recordaba quien; tal vez fué el boticario; quizás fué el carnicero, pero lo cierto es que de nada le sirvió la consabida carta.

Un amigo le había prometido hablar con su jefe, apenas se le presentara la oportunidad, pero cuando iba por saber noticias, no se atrevía a preguntarle nada. Le miraba los pantalones deshilachados en las bastillas, el vestón que le quedaba un poco estrecho y salía haciéndole una seña de comprensión.

Tendido en la cama de catre blanco con los fierros saltados, formando figuras de insectos extraños y ridículos, miraba las tablas sucias del techo. La vida le pesaba en las sienes. Sentíase enfermo. Los pocos pesos que consiguiera con algunos conocidos, se los había ido a revolcar en algún burdel, en un desvencijado camastro, con una mujer que olía a polvos baratos, a indignidad, a derrota absoluta.

Se levantó echándose el pelo atrás como para ahuyentar pensamientos amargos. Abrió la ventana y un horizonte de tejados le saltó a los ojos; miró el espacio y un puñado de estrellas le golpeó en el alma.

Fué hacia la mesita donde escribía siempre. Allí estaban los versos de la víspera.

La vida nada me puede dar
 más que la angustia de pensar.
 Todo podíamelo quitar,
 menos la angustia de pensar.

Si; pero así la vida no podía seguir. Tenía veintiocho años y creía que lo había vivido todo. Tal vez fuera así. ¡En tan poco se vive a veces una vida!

Ahora escribiría... escribiríale... ¿a quién? Escribiríase a sí mismo, para despedirse en alguna forma de lo que lo rodeó. Echó mano al bolsillo y sacó un pequeño frasco que puso sobre la mesa. Al mirar la etiqueta, recordó unos versos que recitara una prima cuando estaba en su pueblo.

«Tus órbitas sin luz no dicen nada.—Nada tus yertos maxilares juntos.—pero hay en ti una muda carcajada—que es la risa eterna de los difuntos—al ver la humanidad tan desgraciada...».

II

Por los espacios siderales, perdida entre la vía láctea, buscaba camino una pequeña nebulosa. Los astros diríanse: «Va perdida ¡indiquémoselo!».

Pero ella no ha escuchado. Tal vez no comprendió el mensaje timbálico de los astros. Y siguió. Pero ¿Qué veían sus sutiles pupilas? ¿Una luz? ¿El camino de una estrella al cruzar como una saeta el espacio? ¿O sería aquella la puerta que llevaba al Gran Palacio que había extraviado? Si, debía ser la Puerta. Tenía que ser, pues entre la algazara de los astros ¿quién escucharía su voz si llamara? Y siguió el camino de luz.

Pero ¿qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Dónde ví antes algo como todo esto? ¿Viví yo aquí alguna vez? Porque... esto... esto es un cuarto y... aquí hay un hombre escribiendo, pero no; no es un hombre, es un joven. ¿Qué escribirá? Tal vez es un poeta y

quizás esté enamorado. A ver, iré a leer sobre su hombro sin que él me sienta... despacito...».

«9 de mayo de 1945».

«Aquí estamos, Juán, los dos, el hombre que ya no puede más con la vida y el poeta, que tampoco resiste su fardo de inquietudes, porque nos asquea esta vida inútil que llevamos. Nadie nos sentirá. Tal vez Marión, la rubia oxigenada de aquel burdel clandestino, que me besó alguna vez desinteresadamente, por verme entornar los ojos,—como ella decía,—cuando el dependiente del almacén de la esquina, ese sátrapa a quien el sexo le asoma a las pupilas, vaya a contarle: «Recuerdan aquel muchacho pálido con quien solía venir, que algunas veces borracho nos recitó versos? ¿Aquel? Se suicidó en su cuarto y además de seis meses de pensión le dejó a la dueña el clavo de su entierro».

«Marión entonces, entre la bruma de su borrachera quizá me llöre y esa noche,—quiero ser un poco iluso—no aceptará ningún cliente en su cuarto...».

* * *

«¡Pobre! Estoy sobre su hombro y no puede escucharme, le estoy acariciando y no sabe sentirme. Desde que dejé mi envoltura terrena, siento las manos tan livianas. Tal vez fuera algo mío, y no lo recuerdo; mi hijo, mi hermano, o fui su novia o su amante... ¡si yo pudiera recordar tan sólo qué era cuando tenía mi envoltura terrena! Donde viví, que fui... ¿no sería yo esa Marión? Pero no puede ser, Marión aún sigue en su envoltura humana... Tal vez... Si... Era una calle y era noche... noche... Quizás estuviese lloviendo; tengo el vago recuerdo que mi cuerpo tenía frío... De una puerta mampara que quedaba saliente hacia la calle, venía bulla de fiesta, copas que estrellaban su cris-

tal en el bórde lascivo de los dientes, mujeres que reían fuerte, hombres que decían frases obscenas. Por la puerta de pronto salía un borracho y con él la humareda de los cigarrillos que en el interior hacía seguramente pesado el ambiente, orinaba arrimado a la muralla y seguía de un lado a otro de la vereda mascullando incoherencias. Yo, apegada al saliente de la puerta del cabaret, esperaba al que quisiera llevarme por... lo que le quedara, a veces fueron centavos... otras un boleto de empeño. Aceptaba cualquier cosa, porque trabajaba a escondidas de la ley... ¿Y que era la ley? ¡Ah, ya recuerdo! Era algo que se compraba... si, la vendían... y yo sólo tenía centavos..., centavos ¡tan poco!

Cuando fuí hermosa y mi cuerpo era una promesa para los sucios hombres, entonces mis manos contaron por millares las monedas de oro, pero en ese entonces no me escondía de la ley... para vivir... Fué ¡quién iba a imaginárselo! Tenía los ojos tan tristes. Acariciaba mi cuerpo con tanta ingenuidad, eran sus besos tan adolescentes y ponía tanta pasión al poseerme ¡cómo iba a imaginármelo! Pero fué como si sólo a eso hubiese venido; nunca mas volví a verlo; por él la podredumbre me envió su mensaje; por él fué la sala del hospital; por él salí a la calle y allí me quedé, como único refugio para mi mal incurable. Y empezó la angustia para trabajar fuera de la ley... Empezó la feroz tortura de ver salir uno por uno los hombres de aquel cabaret de suburbio, pasar a mi lado, decirme obscenidades y seguir... Llegar el alba y yo buscar el camino del cuarto de Pedro, el rastrojero para ir a dormir... Si pudieras comprenderme tú, que te llamas Juan y que también arrastras tu envoltura carnal como un fardo infecto, quizás me comprenderías; a pesar, de que ya no necesito de comprensión; tú sí, mi pobrecito amigo; sí, amigo. Tú sí la necesitas y tendrás la mía, como yo un día tuve la de Pedro, el rastrojero...».

* * *

«Hoy no sé por qué recuerdo a mi madre; es como si la ternura de una mujer estuviera sobre mi cansado corazón pesándome, pero con una presión muy suave, leve, casi etérea... ¿Será la luz de las estrellas que me da sobre la espalda? ¿Qué hay sobre esta última hora mía, aquí en este cuarto, que va envolviéndome como en un infinito manto de olvido, velando mi pasado y perdonándolo todo, aun hasta la lejana gente mía en su agreste pueblo provinciano?

Si; no más rodar. Algo desde el Misterio me está llamando; talvez sea la que siempre esperé, la que, pura como la luz de aquella estrella, dulcísima como una brisa matinal, extravió mi ruta y no pude llamarla «novia» o «esposa» y murió con las manos cruzadas sobre el regazo virgen en espera de mi potencia que no pudo llegar hasta su vida...».

* * *

«Si, tal vez sea yo la que siempre esperaste, a pesar de mi regazo deshecho, a pesar de mi miseria, a pesar de mi cuerpo descarnado, acechando desde la ojiva de la mampara de aquel cabaret de suburbio a pesar del largo caminar hasta el cuarto de Pedro, el reastrojero, y recoger el mendrugo, que antes de irse a su trabajo me dejaba, sobre el tarro donde ponía la candela, con que iluminaba los diarios viejos que releía una y otra vez con sus ojos miopes, mientras «Cariño», el perro magro, me lo cuidaba, haciéndole baba en el hocico el hambre; pero, era así; cuidábame el mendrugo de los otros perros de la vecindad y cuando veíame llegar, corría hasta el basural cercano donde trabajaba el amo, Pedro, el rastrojero...».

«Nadie me sentirá con el alma apretada de dolor; nadie deseará recibir mi último deseo, ni postrera palabra. La vieja de enfrente, echará unos indiferentes lagrimones por mi suerte. Su

sucia caridad, no me mandará más a su chiquillo con la cara pringosa de mocos a entregarme la cajetilla de cigarrillos, cuando me veía salir con las manos entumidas en los bolsillos del pantalón y con una seña amistosa gritarme desde su boca desdentada: «¡Pa' que orvide las penas...!». No seré más. Nunca más. Me pesó la vida como un fardo asqueroso y la muerte ya se aproxima y su caricia es tibia, suave, casi humana...».

* * *

«¡Niño! Soy yo quien te acaricia. Soy yo la que te encontré en la misma puerta de la vida, a la salida; yo soy quien te ayudará a dar el gran paso sin que sufras; seré piadosa, como lo fué conmigo Pedro, el rastrojero.

«Si tú pudieras oírme, te contaría que una noche que salía arrastrándome hasta el cabaret del suburbio, Pedro me siguió. Vió que al sentarme me apretaba el vientre y que me quedaba encogida entre la saliente que dejaba la ojiva de la puerta aquella y me esperó. Vino el amanecer como siempre y yo volví y allí estaba Pedro esperándome. Me llevó tomada de un brazo para apoyarme y por el camino me fué diciendo:

—Pablita, es necesario que te quedes en casa. Yo cuidaré de ti como pueda; no faltará un mendrugo, ya lo sabes...

—No, Pedro, parecería que Dios te hubiese dado una hija inválida, y tú no tienes por qué recibir ese castigo, si eres bueno.

—No diga eso, Pablita, trabajaré un poco más.

—Gracias, Pedro, pero eso no puede ser.

—Créame cuando la veo salir arrastrándose, me dan deseos de irme tras usted sin que me sienta y matarla con el fierro que me sirve en el rastrojo...

Pedro quebró en llanto su última palabra. Yo me puse a pensar. Caminamos así largo rato, lentamente. En la soledad del amanecer, en el silencio de las veredas, se escuchaban nuestros pasos como hojas arrastradas por el viento en helados otoños.

El con su cansancio de viejo y yo... yo con mi derrota de la vida. En mi cerebro bullía una idea fija.

—Pedro...

Resonó mi palabra sordamente como si se hubiese detenido el viento de otoño para dejar caer una hoja resbalándose sobre el empedrado.

—¿Pablita?

—¿Te atreverías a matarme, así a sangre fría?

—Sí, para que no sufrieras más.

—Pedro, ahora mátame, yo te lo pido, te lo ruego...!

—Pero...

—Mira, estamos solos... ¡hazlo!

—¿Pablita!

—Dijiste que lo harías, Pedro para que no sufriera más. ¡Mátame!

Pedro abatió la frente. No se atrevía. Mirándome me echó el cabello hacia atrás y movió la cabeza continuando en silencio.

Creo que pasaron algunos días. Fué a la orilla del basural. Creí que Pedro no se atrevería, y que lo había dicho, por decirlo, pero no fué así. Una mañana, sí, fué una mañana. El sol levantaba olores fuertes y estaba azul el cielo y del campanario cercano las palomas pasaban haciendo una gran rueda en el espacio. Fué allí. Allí me libertó Pedro, el rastrojero, de mi dolor de vivir. Fué como un largo letargo y me levanté liviana y frágil. Aquí «Cariño», cuidaba de mis despojos, como antes cuidó de mi mendrugo de pan. Y allá, lejos, Pedro se perdía al llegar al caserío con su cansancio de viejo, llevando en un atado, lo que a pesar de todo guardaba; lo que era suyo, como de otros son las sedas y las pieles; un rebozo viejo, un retrato de mujer y un pedazo de vela...».

* * *

«Alguien dice palabras dolorosas en mis oídos. Alguien me cuenta una tragedia a media voz. He oído decir, «liviana y frá-

gil». ¿Quién podrá ser? ¿Quién me viene a buscar? Tengo sueño... siento como un desdoblamiento de mi ser hacia algo infinito. Tengo frío... frío... frío. Voy a dormir. ¡Cómo me pesan los brazos! «Tus órbitas sin luz no dicen...».

* * *

«Es mejor así. Yo te llevaré para que no sufras más; basta que tú lo quieras y que yo desee ayudarte, así como sucedió entre Pedro el rastrojero y yo. Mañana vendrán los que te quisieron y los que te odiaron, pero tú no sabrás nada. Iremos ya hacia los timbales de los astros, sin llagas, sin dolores, sin hambre... Ven, vamos...»

III

El médico dijo: «Raro caso, difícil de diagnosticar...». La patrona intervino: «¡Pobre! Quizás fué hambre...». Y en la noche, un perro le aulló largamente a los astros.